

K

“Soy el organizador de lo incierto, de lo híbrido, de lo crepuscular, del sueño”

La obra de Alfred Kubin se gesta en ese final, presentido por tantos, de la sociedad burguesa decimonónica de Europa central que se derumbó sin estrépito junto al “mundo de ayer” del que hablaba Stefan Zweig. A la radiante Viena de Klimt y de Schönberg, de Wittgenstein y de Freud, de Loos y de Otto Wagner se opone un mundo de tinieblas, gris y sin brillo, en el que los perfiles se difuminan y los cuerpos se convierten en sombras. Un mundo que ya se presentía en los dibujos de Alfred Kubin, quien se definía a sí mismo “como el sepulture-ro de la vieja Austria”.

Kubin cultiva esa línea sinuosa y espectral del arte que arranca en las danzas de la muerte medievales y se consolida en pintores como el Bosco, Bruegel, Goya, Grandville, Odilon Redon o Max Klinger. Una vía que muchas veces ha quedado silenciada ante el paso exultante de la pintura “oficial”, de los artistas que cultivaban el color, las bellas formas y los motivos más o menos placenteros.

Aquellos artistas indagaban, por el contrario, en los aspectos más oscuros, en los momentos en los que las certezas se derrumban, la realidad se deforma, la ley de la causalidad deja de funcionar y cada cosa pasa a ser su contraria sin mediar lógica alguna. Artistas de lo deforme, de lo carnavalesco, de la inquietud y de lo siniestro. En los dibujos

que Alfred Kubin realizó hasta su muerte en 1959 figuran seres inquietantes, animales diabólicos, mujeres lascivas, ambigüedades monstruosas.

Alfred Kubin participó en los primeros pasos de las vanguardias artísticas, fue amigo de Vasily Kandinsky, Paul Klee, Franz Marc y Lyonel Feininger, pero nunca se sintió atraído por el camino de la

Alfred Kubin

abstracción por el que éstos se encaminaron. Era un autor anacrónico y antimoderno, como escribió a un amigo: “mi siglo va de 1770 a 1870, desgraciadamente terminó siete años antes de mi nacimiento”.

Pintor y escritor, como Bruno Schulz o Antonin Artaud, autores también espectrales, Kubin se relacionó con los grandes de la pintura y con algunas de las figuras literarias más relevantes del momento: ilustró *El Golem* de Meyrink y compartió con Kafka numerosos intereses. Kubin conoció

a éste en 1911 y a partir de entonces se estableció entre ellos una relación de admiración intelectual salpicada de breves desencuentros. Como ambos tenían un carácter hipocondríaco, las enfermedades y los medicamentos fueron, para disgusto de Kafka, uno de los temas favoritos de sus conversaciones. Kubin se empeñaba en recomendarle fórmulas y curas diversas, como un laxante denominado “Regulin” cuyas características casi milagrosas no dejaba de enumerarle.

En 1909 Kubin escribió y publicó *La Otra parte*, obra con la que se inauguraba el auge de la literatura fantástica. Era una novela singular, escrita bajo un impulso irrefrenable y febril. En ella se contaba la historia del “Reino de los sueños”, un lugar utópico en el que parecía reinar la fraternidad y la amistad, junto a una gratuita abundancia, pero que pronto empezaba a mostrar su aspecto más siniestro hasta terminar en la muerte y la desolación. *La Otra parte* presenta ciertas similitudes con *El castillo* de Kafka, escrito años después. Evidentemente no es el estilo que ambos cultivaban lo que les asemeja, sino cierta temática: como la del poder aberrante y cruel, la burocracia inquebrantable y partenogénica, los mecanismos propios del sueño, como las dislocaciones, las condensaciones y los desdoblamientos. Lugares en los que en vez de reinar el sol brillante de la utopía, lucía el sol negro de la locura.

Kubin y Kafka compartían un mismo mundo, el mundo espectral y onírico, gris y difuminado al que Kubin pertenecía por naturaleza propia. Espectro entre los espectros, debía de semejar una aparición, un ser disparatado salido de sus dibujos, cuando al despedirse de Kafka le gritaba “¡Regulin!”.

Charo Crego